

DANIÈLE DÉHOUE, *Cuando los banqueros eran santos. Historia económica y social de la provincia de Tlapa, Guerrero*, traducción de Bertha Chavelas Vázquez, Chilpancingo, Guerrero, Universidad Autónoma de Guerrero, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 2002, 366 pp. ISBN 9686788006

La obra de Danièle Déhouve destaca de manera singular en la historiografía sobre las sociedades indígenas y en la literatura antropológica en general. No tengo noticia de otro estudio que se haya propuesto exponer los procesos que desde antes de la conquista hasta finales del siglo XX transformaron las organizaciones social, económica, administrativa y política de un grupo étnico en particular,<sup>1</sup> menos aún toda la complejidad intercultural y étnica del conjunto de habitantes de una región. El intenso escudriñar en los archivos le permitió a la autora documentar minuciosamente los cambios en la conformación de los pueblos y detectar los factores que los provocaron: los cambiantes requerimientos de recursos y fuerza de trabajo en los centros de acumulación del capital.

A diferencia de otros trabajos historiográficos, Déhouve emprendió la búsqueda documental para responder a preguntas surgidas de sus experiencias como antropóloga social en la montaña guerrerense.<sup>2</sup> El trabajo de campo en la localidad de Tlapa le dejó la insatisfacción de las limitantes que la visión sincrónica y

<sup>1</sup> Quizá la única excepción sea José LAMEIRAS, *El Tuxpan de Jalisco: una identidad danzante*, Zamora, Michoacán, El Colegio de Michoacán, 1990.

<sup>2</sup> Véanse Danièle DÉHOUE, *Corvée des Saints et Luttés de Merchands*, París, Klincksieck, 1974 y su traducción. *El tequio de los santos y la competencia entre los mercaderes*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976, así como otros artículos posteriores en la bibliografía que aparece en la página 355 del libro aquí reseñado.

microsocial impone a la comprensión de los fenómenos que se despliegan ante la observación del investigador; de allí que nació su propósito de ampliar la mirada hacia la diacronía procesual y a un espacio geográfico marcado por ser la vía de la articulación regional entre centros rectores (las ciudades de México y Puebla) y la costa del Pacífico.

La historia de larga duración de la montaña y la costa de Guerrero cuestiona seriamente los postulados de la etnología practicada bajo la premisa de que la dinámica interna propia de cada grupo indígena define sus formas organizativas y su cultura y lo convierte en un caso único y singular; asimismo, cuestiona a quienes enclaustran el quehacer local dentro de la funcionalidad equilibrante de un sistema cerrado, a quienes suponen la existencia inalterada, al paso del tiempo, de estructuras comunitarias esenciales primarias, ya sea que se consideren rescatables para el proceso democratizador, ya que a su inmovilidad se atribuya el rezago relativo de estas sociedades en la recta hacia la modernidad.

Déhouve (2002, p. 23) reta las interpretaciones sobre el sistema de cargos como mecanismo de nivelación interna (eg. Cancian)<sup>3</sup> y a la comunidad corporativa cerrada de Wolf,<sup>4</sup> al afirmar que “las jerarquías de los cargos, antaño presentadas como típicas de las comunidades mesoamericanas, aparecen hoy como los productos históricos de ciertas evoluciones recientes en regiones precisas”.<sup>5</sup> A saber: la organización comunitaria se estableció

---

<sup>3</sup> Frank CANCIAN, *Economía y prestigio en una comunidad maya, el sistema religioso de cargos en Zinacantán*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1976.

<sup>4</sup> Eric WOLF, “Closed-corporate Community in Mesoamerica and Central Java”, en *Southwestern Journal of Anthropology*, 13 (1957), pp. 1-18.

<sup>5</sup> Concuerta, en cambio, con las conclusiones de historiadores y antropólogos que investigan los mismos temas en periodos parciales y más cortos, como Pedro CARRASCO, “La transformación de la cultura indígena

en la montaña de Guerrero a partir de requerimientos administrativos del gobierno colonial para conformar las repúblicas de indios hacia mediados del siglo XVII y después las cofradías de indígenas. Aún entonces no incluyó a todos los habitantes de la región y el manejo de sus recursos no fue autónomo y en función de satisfacer las necesidades internas.

Declara Déhouve que en su viaje por la historia de aquella montaña, que figura entre las zonas más despobladas, con mayor concentración de hablantes de lenguas indígenas y más apartadas de los centros de producción, no encontró esos mundos autocontenidos, disociados, paralelos o divergentes de los sucesos exteriores y del Estado. “El lector concluirá conmigo”, nos dice, una vez recorrido el trayecto a través de las páginas de su libro, “que, lejos de estar marginada [la montaña de Guerrero], forma parte íntegra de la historia mundial desde el siglo XVI” (p. 19). La montaña de Guerrero y su población indígena tampoco se hará entendible, si se considera disociada de la vertiente y la costa mestizas.

El viaje tiene cuatro etapas correspondientes a las cuatro partes del libro. La primera, porta por título “los lugares y los

---

durante la colonia”, en *Historia Mexicana*, xxv:2(98) (oct.-dic. 1975), pp. 175-203; Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ, “Jurisdicción y propiedad: una distinción fundamental en la historia de los pueblos de indios del México colonial”, en *European Review of Latin American and Caribbean Studies*, 53 (1992), pp. 47-60; “Los caminos del ganado y las cercas de las haciendas: un caso para el estudio del desarrollo de la propiedad rural en México”, en *Historia y geografía*, 5 (1995), pp. 13-29; “En la busca de la geografía histórica”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, xix, 75 (1998), pp. 25-58 y Gabriela SOLÍS ROBLEDA, *Bajo el signo de la compulsión. El trabajo indígena en el sistema colonial yucateco, 1540-1730*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Sociales en Antropología Social, Instituto de Cultura Yucateca, Porrúa, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2003, además de los citados por ella.

hombres” y se distingue de las otras tres porque es a la vez la planeación del itinerario y la recapitulación sobre el camino andado. Advierte así de entrada y concluye en el mismo aliento que las cosas vistas el primer día ya no serán las mismas cuando se vuelvan a mirar el segundo, el tercero, el cuarto y los sucesivos. Para evitar la pérdida del rumbo recomienda no perder de vista los señalamientos o ejes que escogió para atravesar el tiempo: las conformaciones geográficas, lingüísticas, administrativas y de gobierno (estatales y eclesiásticas), demográficas y económicas, que no permanecerán estáticas, pero transformadas por los procesos de su dinámica interrelacional. La meta: “descubrir el origen del México actual, particularmente de sus regiones indígenas[...]”; su hallazgo: “la creación colonial de una nueva organización social puede resumirse rudimentariamente en la formación de una ‘comunidad campesina’ [...]”, que la autora tratará de esbozar como muy diferente a aquella que Wolf colocara “en una lógica de funcionamiento que se puede calificar de ‘anticapitalista’”, pero surgida en “su proceso de integración al mercado”<sup>6</sup> (pp. 21-22). Sin embargo, quizá quede abierta, esa reconciliación buscada entre los esfuerzos enfocados a encontrar la nivelación y los que pretenden encontrar la estratificación —que en coincidencia con Greenberg la autora propone empíricamente correspondientes a momentos históricos distintos—, en tanto no se revise la historia que las concibe y preconice como mutuamente excluyentes. La obra de Déhouve invita con urgencia a realizar esta revisión “de los esquemas que oponen el capitalismo al feudalismo o al despotismo tributario” (Carrasco en el “prefacio”, p. 14).

---

<sup>6</sup> Citando a James B. GREENBERG, *Santiago's Sword. Chatino Peasant Religion and Economics*, Berkeley y Los Ángeles, Universidad de California, 1981, p. 175.

La documentación histórica permitió llevar la búsqueda hasta las organizaciones territorial y administrativa impuestas en la montaña y la costa después de la conquista por los mexicas (segunda parte). Atribuye la autora al periodo de las migraciones la presencia previa de nahuas entre hablantes de tlapaneco, yopi, couixca, mixteco y amuzgo y al de la sujeción mexica a provincia tributaria con su capital en Tlapa la colonización con funcionarios, agricultores y soldados nahuas, la construcción de obras de riego en tierras destinadas a producir los bienes solicitados por el imperio (algodón y cacao sobre todo), así como el resguardo fortificado de la ruta hacia la costa “en el corazón de [...] ‘señoríos rebeldes’” (p. 77). Entre aquellos nahuas estuvieron quienes conformaron las cabezas de los escalones de la estratigrafía administrativa (*tlatoque*, *tetecutin* y *pipiltin*), reproductores en la región del esquema de la organización política y económica del centro y reconfiguradores de la jerarquía de los asentamientos, el acceso a la tierra, las especializaciones productivas, el intercambio y las relaciones interétnicas.

Cada etapa posterior, marcada por un cambio en las demandas de productos y fuerza de trabajo, vendría acompañada de nuevas reconfiguraciones y de la inserción de nuevos grupos y sujetos sociales. “La colonización española de México”, destaca Déhouve, “representó un fenómeno global; la inserción económica del país conquistado en el seno de la economía mundial fue acompañada de la transformación de todos los aspectos de la vida social de su población, desde su hábitat hasta su visión del mundo” (p. 21).

La llegada de los europeos comenzó por reorientar el trabajo indígena a la procuración del codiciado oro y poco tiempo después a la producción de alimentos básicos que vía tributaria estaban destinados a mantener a los esclavos negros empleados en las minas y placeres de los ríos. Para efecto de que lo fiscalizado concurriera a los beneficiados de las encomiendas y corregi-

mientos (Cortés, varios particulares y la corona) fue necesaria la intermediación de las autoridades locales (recuérdese que eran funcionarios, calpixques, agricultores y soldados mexicas), que rebautizados como principales y caciques participaron en la apropiación del tributo, y destacaron políticamente en los puestos de mando y económicamente mediante la inversión en sus producciones. Los intercambios locales y regionales de miel, jícaras, gallinas, "maíz, cacao, mantas y trabajo, fueron puestos al servicio de las minas y los placeres de oro, es decir, de la acumulación de oro y plata por los europeos" (p. 99).

Al tiempo que se agotaba el oro surgieron nuevas unidades productivas y nuevos arreglos regionales. Dos tipos de hacienda se conformaron: la estable sobre todo cañera con sus molinos en las tierras medias y la llanura costera desplazó de esa zona las plantaciones de cacao y a la población indígena, a la que sustituyó con mestizos, criollos y mulatos; la llamada por la autora ambulante, que movía grandes hatos de ganado menor (chivos y borregos) a lo largo y ancho de toda la montaña, terminaron sus circuitos en los mataderos poblanos de sus propietarios y grandes comerciantes. En ambas, la complementariedad entre las haciendas y la población indígena se estableció mediante un complejo entramado de actividades (entre ellas la cría de grana cochinilla y la manufactura de hermosas y sofisticadas jícaras maqueadas) en un mercado regional surgido de manera poco espontánea, pero mediante la imposición forzada del trabajo asalariado y del consumo de mercancías asiáticas e industriales europeas. Uno de los incentivos más importantes para el surgimiento de un mercado regional fue la obtención de algodón de la zona costera para que cientos de mujeres indígenas de la montaña tejieran en sus domicilios las mantas requeridas en las producciones del centro y norte del país, hasta que la industria textil las sustituyera.

La minuciosa descripción de los procesos permite entrever que la monetarización de la economía regional no se correspondió con

la implantación de un libre mercado, pero con esa intrincada división del trabajo enfocada al rescate de los pagos salariales, el intercambio y la renta de la tierra el producto interesante para la fiscalización: el dinero; a saber, el medio de pago, el valor de cambio, la medida de valor estaban en función del tributo. Para poderse realizar la dimensión económica en estos procesos tuvo que suceder la caída demográfica de la población indígena, cuyos trágicos alcances apenas comienzan a esbozarse, así como la lenta recuperación a partir del segundo siglo colonial, que no reprodujo situación anterior alguna. Hubo que reacomodar las dimensiones administrativas y políticas por medio de las medidas que convirtieron a las encomiendas y corregimientos en intendencias, alcaldías, delegaciones y subdelegaciones (y finalmente en estados y municipios) y las provincias de las órdenes y sus conventos evangelizadores en obispados y parroquias, centralizaron o descentralizaron las cabeceras y cortaron mediante grupos étnicos y poblados, los dividieron y reagruparon. Las instituciones españolas, demuestra con tino la autora, se transformaron en su adaptación a las condiciones mesoamericanas y de esa región.

Hacia la mitad de su obra (tercera parte) la autora arriba al momento clave de su principal interés: el surgimiento de la comunidad indígena a mediados del siglo XVII y su evolución durante el XVIII con la orientación mercantil de la producción, que se supone es el antecedente del pueblo campesino actual. Por medio de la sustitución de los caciques y principales indios por el pueblo cabecera en la función organizadora del trabajo y receptora de tributos detecta el papel de las cofradías (grupos de devoción de los santos) y las cajas de comunidad para financiar el comercio, hecho que le amerita ponerle por título a su libro: "cuando los banqueros eran santos".

Es aquí donde surgirán las preguntas del lector, a las que, quizá, los capítulos subsiguientes (cuarta parte) no logran responder cabalmente. Después de un siglo y medio de constantes

transformaciones, ¿qué es lo que explica finalmente la continuidad de esa organización campesina desde el término del periodo colonial hasta las últimas décadas del siglo XX? Colige que la región no tuvo más que ofrecer de particularmente valioso a la economía global, al transcurrir el tiempo entre guerras de independencia, reforma y revolución, reparto agrario, migración masiva y recepción de instituciones nacionales, la cual, no obstante, no prescindió de los pequeños excedentes que sus recursos y habitantes le pudieron ofrecer mediante minúsculos intercambios desiguales. Se adivina que una economía de “prestigio” local —en la que en recuerdo de la venta forzada de aquellas telas, sombreros, zapatos y bordados de pedrería se realizan los rituales— sirvió y sigue sirviendo para estimular la siembra de maíz y frijol y la manufactura de artesanías, además del cultivo rudimentario de café, frutales y hortalizas, frente a la expansión territorial de campesinos ricos de las tierras bajas. Colegirá quizá también que, ante el descubrimiento de la efectividad del sistema del trabajo comunal para absorber costos y subsidiar ganancias mercantiles, no ha habido razón para abolirlo. La democracia comunitaria de los pueblos campesinos de la montaña también parece efectiva para administrar recursos exiguos.

Las fuentes que permiten historiar el devenir de los pueblos indígenas son de carácter administrativo; no abren la mirada a los espacios íntimos y tampoco arrojan luz sobre asuntos de organización y cultura en los ámbitos de la producción de la subsistencia de las familias. La autora no encuentra verdaderos y exitosos movimientos de rebeldía contra el capitalismo, la modernidad o la globalidad, sólo muchas luchas y competencias entre vecinos ocasionadas por las sucesivas fragmentaciones. Las cambiantes formas de organización para subsistir pueden verse más bien como adaptaciones en condiciones cada vez más difíciles y precarias.

La marca de la vuelta de los siglos XX y XXI es el retorno de la concepción de la función niveladora de la comunidad indígena y

de su carácter cerrado y autocontenido.<sup>7</sup> La persistencia tenaz de la idea se debe, en parte, al desconocimiento de la crítica suscitada por la publicación de la correspondencia entre Morgan y Bandelier por White y Bernal<sup>8</sup> y de los trabajos de Broda,<sup>9</sup> Carrasco<sup>10</sup>, Reyes García<sup>11</sup> y Martínez<sup>12</sup> en torno del modelo generado desde la colonia temprana por Zorita sobre el *calpulli* y su repercusión en la tenencia de la tierra y las formas de gobierno en una sociedad indígena prehispánica y colonial de supuesto carácter tribal.

---

<sup>7</sup> Por ejemplo los trabajos que alumnos de Wolf hacen, en la compilación de Jane SCHNEIDER y Rayna RAPP, *Articulating Hidden Histories. Exploring the Influence of Eric R. Wolf*, Berkeley y Los Ángeles, University of California, 1995, a partir de su propuesta de la mundialización de los “pueblos sin historia”, en Eric R. WOLF, *Europa y los pueblos sin historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

<sup>8</sup> Leslie A. WHITE e Ignacio BERNAL, *Correspondencia de Adolfo F. Bandelier*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1960.

<sup>9</sup> Johanna BRODA, “Las comunidades indígenas y las formas de extracción del excedente: época prehispánica y colonial”, en Enrique FLORESCANO (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, pp. 54-92.

<sup>10</sup> Pedro CARRASCO, “La economía prehispánica de México”, en Enrique FLORESCANO (comp.), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina (1500-1975)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978 y *Estructura político-territorial del imperio tenochca. La triple alianza de Tenochtitlan, Texcoco y Tlacopan*, México, El Colegio de México, Fondo de Cultura Económica, Fideicomiso Historia de las Américas, 1996.

<sup>11</sup> Luis REYES GARCÍA et al., *Documentos nauas de la Ciudad de México del siglo XVI*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social y Archivo General de la Nación, 1996.

<sup>12</sup> Hildeberto MARTÍNEZ, *Tepeaca en el siglo XVI. Tenencia de la tierra y organización de un señorío*, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1984.

Sólo la lectura del libro de Déhouve hará justicia a sus contenidos de minuciosa descripción y análisis, que esta apretada síntesis no puede expresar. El lector sensible desprenderá la necesidad de atender a sus hallazgos para mejor comprensión del México rural y de las dimensiones cambiantes de sus organizaciones social, económica, laboral, administrativa y política dentro de los movimientos globales.

Lamentablemente la traducción al español de este libro nos llega doce años después de la publicación francesa, con un no muy agraciado diseño de portada, debido a casas editoriales con escasa distribución en el mercado bibliográfico. Será lento, temo, su impacto en el mundo académico y más allá de sus ámbitos.

Brigitte Boehm Schoendube

*El Colegio de Michoacán*